



S. Siles & Co. sc. N. York.

*Tratado de la divinidad de la Revelacion
en el viejo y nuevo Testamento: por toda
la Carta XII. y siguientes.*

DEL FILÓSOFO
IX. CARTA

CARTA XII.

EL FILÓSOFO A TEODORO:

YA te dije en mi última, querido Teodoro, la impresion que me hizo el discurso del padre; y apenas pude sosegar el tumulto de mis ideas, cuando procuré refrescarlo coordinando todas sus especies en mi memoria. Me pareció que para instruirme bien y poder entrever este plan tan concertado y armonioso de que me hablaba el padre, seria bueno hacer un resúmen para mi uso, que apuntando cada especie despertase mi memoria. Con este fin dí mas extension á mis notas, y te envio una copia por si quieres hacer uso.

El padre me ha dicho que la religion empieza con el mundo; que Dios criando á Adan, que fué el primer hombre, le hizo conocer á su Criador, y le impuso leyes que el hombre ingrato y débil las violó; que Dios en castigo le despojó de una parte de sus dones, que esta pena se extendió á su posteridad, que heredó su flaqueza y miserias; pero que Dios, que en medio de sus iras nunca se olvida de sus misericordias, prometió á Adan un Mesías, un Reparador, un Redentor, y que es-

te Redentor debía ser el objeto, el autor y consumador de la religion.

Que los hijos de Adan y sus descendientes se multiplicaron con el tiempo, de manera que les fué preciso separarse primero en pueblos y despues en naciones; que pocos conservaron pura la luz de la ley natural; que el mayor número, flaco y débil por su naturaleza degradada, se entregó á los placeres de los sentidos, y á la depravacion de sus gustos; que como por una parte los hombres y sus vicios se multiplicaban, y por otra se alejaba el tiempo y la noticia del castigo de Adan, se fué poco á poco debilitando la memoria de las promesas; que entónces la razon humana, cada dia mas degradada, mas entorpecida y mas entregada á sus pasiones, llegó á olvidar casi por entero la memoria de estos hechos primitivos, y hasta la de una promesa tan alta como era la de un Redentor; que habiendo perdido de vista las ideas religiosas y el verdadero culto de Dios, apénas era ya capaz mas que de errores, como lo acreditó la experiencia de dos mil años, en que abandonada á sí misma no supo inventar otra cosa que idolatrias groseras y vicios odiosos.

Que para restablecerla en su dignidad y derechos perdidos, fué conveniente darla nuevas luces con otra revelacion, que la enseñase el culto que Dios exige de los hombres; y la renovase

la esperanza de su reparacion; que Dios se dignó de hacerlo, y que para preparar los caminos escogió la familia del fiel Abraham, á quien mandó se separase de las naciones corrompidas, y le renovó esta promesa, añadiéndole que le daria una numerosa posteridad, que ocuparia la tierra que le habia destinado, y que de ella naceria el Mesías, ó el Redentor.

Que el mismo Dios repitió á su hijo Isaac las mismas promesas, y despues á su nieto Jacob, hijo de Isaac, particularizando á este que el Redentor naceria de la rama de Judá, explicándole el tiempo y las preeminencias que por esta causa obtendria esta tribu sobre todas las demas.

Que los doce hijos de Jacob se multiplicaron tanto, que cada familia pudo hacer una tribu diferente, y que Dios escogió este pueblo, que quiso hacer mas particularmente suyo, para comunicarle la revelacion, imponerle su ley, y constituirle instrumento y depositario de sus promesas.

Que esta historia, que contiene hechos tan extraordinarios, pareceria una fábula si Dios no se hubiera dignado de apoyarla con pruebas tan evidentes, con documentos tan irrefragables, y con monumentos tan visibles, que por poco que se detenga uno á contemplarlos, no es posible resistir á la fuerza de su demostracion.

Porque estos descendientes de Jacob que componian las doce tribus de Israel llegaron en bre-

ve á multiplicarse tanto, que su número pasaba ya de seiscientos mil combatientes, y que á pesar de su multitud vivian infelices y esclavos en Egipto, oprimidos por aquella nacion que los avasallaba; pero que habiendo llegado el tiempo en que Dios quiso librarlos de aquella esclavitud, y enviarlos á la tierra que habia prometido á sus padres, para empezar á cumplir sus promesas, les suscitó un caudillo, un capitán ó un conductor.

Que este conductor fué Moises uno de ellos, á quien Dios habló y ordenó que sacase á los hebreos de Egipto y los condujese á la tierra de Canaan; que les promulgase la ley que le dictó, para que todos la obedeciesen, y que al mismo tiempo escribiese la historia que queda referida, desde la creacion del mundo hasta entónces, para que se conservase la memoria, y jamas olvidasen los hebreos lo que debian á su Dios.

Que al mismo tiempo le mandó continuase escribiendo todo lo que sucederia en adelante; que Moises por esta órden de Dios y con su inspiracion escribió los libros que tenemos con su nombre; que en los primeros refiere todo lo que va dicho y pasó desde la creacion al punto en que recibió la órden, y en los otros lo que le sucedió á él, y él mismo hizo tanto para sacar del Egipto á los hebreos á pesar de los Egipcios, como para promulgarles la ley de Dios y conducirlos por el desierto.

Que así Moises no solo sabia todo lo que escribió, no solo fué veraz, sino profeta inspirado por Dios.

Que los libros que hoy tenemos son auténticos y han llegado á nosotros sin haber sufrido jamas alteracion.

Que su autenticidad se prueba:

Por la manera con que hablan del pueblo hebreo.
Por la correlacion esencial que tienen unos con otros.

Por los indubitables milagros que los autorizan.
Por las profecías que contienen, y los sucesos que las verifican.

Por la doctrina que incluyen.

Por la revelacion del pecado de Adán y la maldicion de su posteridad.

En fin, por la promesa de un Libertador ó del Mesías.

Porque este Mesías vino al fin, y fué Jesucristo.
Lo que prueban todas las profecías, especialmente las de Jacob, Daniel y Aggeo.

La conversion de los gentiles.

La imposibilidad de observar despues de mucho tiempo la ley de Moises.

El estado actual de los judíos, su dispersion y conservacion á pesar de todos los obstáculos humanos.

En fin, que cada una de estas cosas y todas juntas demuestran que Moises fué suscitado por Dios, que obró por orden de Dios, y que probó su mision con milagros tan repetidos, tan públicos y notorios, que no es posible dudarle, y que todo esto se hizo para preparar la venida de Jesucristo, y con ella la redencion del género humano.

Este era mi resumen, y apenas llegó el padre al otro día, y yo se lo presenté, se complació con mi exactitud y diligencia, y me dijo: Vos pareceis, señor, la buena tierra del Evangelho en que la semilla da fruto; Dios quiera echarla su bendicion. Sí, señor, ya habeis empezado á divisar este magnífico y augusto principio de la religion; por lo ménos ya conoceis su genealogía, el tronco de su descendencia que es Dios, y presto veréis como por línea recta viene á parar en Jesucristo; porque de aquí adelante la luz crece, las pruebas se aumentan, los milagros se multiplican, y vuestra razon que ya está en camino, se verá tan empujada al término por tantos y tan fuertes impulsos, que no podrá cejar ni desviarse.

Es verdad que cuando esperaba encontrar en el Mesías un rey, un conquistador, un Dios, podrá asombrarse de no hallar mas que un hombre condenado á muerte, y cubierto de ignominia. Este ha sido el escándalo del judío endu-

recido, la locura del gentil ciego, y la irrisión del filósofo soberbio. Pero los que estan instruidos por las mismas profecías que la cruz de Jesucristo es la ciencia y la fuerza de Dios para sus escogidos, reconocen que Jesucristo es nuestro Salvador precisamente, porque ha sido crucificado en ella: sus humillaciones y su muerte se les convierten en pruebas porque han sido claramente predichas; y no es posible dejar de contemplar con un respeto religioso el admirable retrato en que los profetas dibujan los oprobios y las amarguras del divino Salvador, su sacrificio y las circunstancias que le acompañan, en fin, su muerte, y los frutos que se esperan; todo está pintado con rasgos tan claros y visibles, que mas parecen una historia que una profecía.

Isaías habia dicho que el Mesías seria condenado á muerte por el pueblo que le aguardaba, y que le desconoceria; que el silencio de Dios en su sacrificio hará pensar que le abandona; que su paciencia aunque libre y voluntaria, será tenida por flaqueza; que su inmolacion será deshonrada con la compañía de los delinquentes; que se le maniatará como á un malvado, y que será declarado tal por un juicio público, que léjos de justificarse ó de librarse con milagros, parecerá tan mudo y débil como el cordero que degüellan; que expiará los pecados de los hombres con sus sufrimientos; que les merecerá el perdón con

sus dolores; que los sanará con sus heridas; que será una víctima tan pura, tan santa, tan agradable á Dios, que aplacará su cólera.

¿Os parecen estas bastantes señas? Pues oíde todavía otras que no son ménos positivas: Que muriendo y pareciendo vencido, obtendrá la victoria; que los hombres no se desengaños sino por su Resurreccion, y por la prodigiosa multiplicacion de su familia, que será fruto y prueba de ella, y que lo verán mas claro cuando los otros pueblos y sus reyes abandonarán sus mentidas divinidades para adorar la cruz; que entónces se conocerá que el Crucificado era el justo, el rey prometido á Sion; que será grande y elevado en gloria entre los gentiles, parecido á José, que primero fué vendido por sus hermanos, y despues dueño de Egipto.

Daniel ve al Rey por excelencia, al Santo de los santos, al mismo Cristo entregado á la muerte sin que nadie se declare por él. Su muerte, aunque reputada como suplicio merecido, da fin al pecado y se hace principio de una justicia eterna.

David le vió sentado sobre un trono mas durable que el sol, en la luz de los santos ántes de la aurora, y saliendo en la eternidad del seno de su Padre. Le llama pontífice que no tiene sucesor, porque es inmortal, y que no sucede á ninguno, porque lo es ántes de todos los siglos; y despues

que le ha celebrado con tanta magnificencia, le representa de repente sumergido en un abismo de dolores rodeado de la tropa de sus enemigos, abandonado de los suyos, clavado, inmóvil, extendido con violencia, expuesto á las miradas insultantes de los mismos testigos de su suplicio, en fin, saciado de hiel y vinagre.

Lo que es mas, el mismo profeta descubre al mismo tiempo los gloriosos frutos de estas ignominias, pues añade: Que el que está atado á la cruz, es la luz de las naciones; que la conversion de los pueblos será el fruto de su inmolation; que establecerá un sacrificio universal para perpetuar la memoria de su muerte y de su Resurreccion, y para dar á Dios publicas y eternas acciones de gracias; que los pobres y los ricos serán convidados á este sagrado banquete, y que todos quedarán satisfechos y llenos de bienes y de glorias.

Estas son las profecías: comparadlas, señor, de buena fe con la historia, y decidme ¿si el Mesías que predicaron los apóstoles no es el mismo que predijeron los profetas, y si estos han anunciado un rasgo que no se haya cumplido perfectamente en Jesucristo? Los incrédulos se escandalizan de la aparente bajeza; pero los cristianos saben que á pesar del velo con que el Mesías cubrió su divinidad, le es mas glorioso haber sido anunciado con estas imágenes ignominiosas, que

podía serle parecer mas grande á los ojos de los hombres sin estar anunciado por los oráculos divinos: los hombres son malos jueces en materia de grandeza, y segun hemos dicho otra vez, la que ellos llaman tal, no es la que convenia á Jesucristo.

No solo los profetas predijeron los misterios futuros del Mesías; todo el Antiguo Testamento es un magnífico cuadro, en que Dios dibujó con su mano lo que debia acontecer al Libertador prometido. El Mesías, como la serpiente de bronce, será levantado sobre el leño que ha escogido para mostrarse desde allí á toda la tierra; y como ella, dará vida y salud á cuantos le miren con fe y pongan en él su esperanza. El Mesías rogará como Moises con los brazos extendidos: con esto ahuyentará á los enemigos, y nos dará la victoria. Como Jonas calmará la tempestad, apaciguará la ira de Dios, será tragado por la muerte, resucitará al tercero dia, y predicará la penitencia á los gentiles con mucha felicidad.

Como Jose será aborrecido por sus hermanos y entregado á los gentiles; y despues de haber sido enterrado en la tumba y salido como él, salvará al Egipto con su sabiduria. Como Abel será muerto por sus hermanos, en odio de que Dios aceptó su sacrificio con agrado. Como Isaac será sacrificado por su Padre; pero sobrevivirá como él á su sacrificio, y como él despues de su

muerte será padre de una numerosa posteridad; la bendicion de todas las naciones será el fruto de su obediencia.

Como el cordero pascual será degollado, y á la aspersion de su sangre todo Israel deberá su libertad. Como el sumo sacerdote entrará en el *Sancta Sanctorum* el dia de la expiacion general, y permitiendo que su carne sea destrozada por los clavos, los tormentos y la muerte, romperá el velo que impide la reconciliacion de los hombres y su entrada en el cielo; se cargará de todas las iniquidades cometidas desde el principio del mundo, y de las maldiciones pronunciadas contra todos los hombres; se ofrecerá á la justicia terrible de su Padre, sufrirá todo el peso de ella, y la convertirá en misericordia; preparará con su sangre un baño saludable á los leprosos, y consentirá en morir por restitairnos la libertad, la inocencia y la vida.

En fin, sellará la nueva alianza con una sangre mas digna de Dios que lo era la antigua; hará la aspersion sobre el pueblo; por eso su testamento en que nos instituye sus herederos, quedará irrevocable y eterno, y sustituirá á las purificaciones legales, que no podian santificar á los que se fiaban de ellas, un sacrificio único, cuyo valor será infinito y su efecto perpetuo y general; de modo que todo el Viejo Testamento, todos los ritos y ceremonias de la ley antigua eran

emblemas y profecías de la nueva. Jesucristo era el término y la realidad de todas aquellas figuras, el cumplimiento de todas sus promesas, el centro en que venian á parar todas sus imágenes, y para decirlo mejor, el grande y único objeto de todas las santas Escrituras.

Al fin despues de tantos y tan largos preparativos, despues de tantas promesas y esperanzas, de tantos gemidos y deseos; despues que tantas profecías anunciaron su venida y tantas figuras representaron desde léjos sus misterios; despues que tantos justos clamaron para que se apresurase; despues que los hombres cubiertos de tantas llagas suspiraron por este médico que los sanase; y en fin, cuando despues de haber computado el tiempo que habian señalado los profetas creyeron que habia llegado el término y que ya todos le esperaban, Jesus, hijo de María, descendiente de David parece sobre la tierra, y nace en la ciudad de Belen, donde los profetas habian declarado que el Mesías debia nacer.

Siendo este mismo el Mesías, debia restablecer el reino de David, porque así estaba profetizado; y Jesus no solo le restablece, sino que le mejora, no de la manera mundana y terrestre que el grosero judío se habia figurado, sino de otra mas espiritual y sublime, tal como la indicaban las mismas profecías, pues trajo á los gentiles la salud, la vida y el reino eterno que la ciega sina,

goga mereció perder. Esta asombrosa sustitucion es tan pública como indubitable, y está á nuestra vista. Las Iglesias cristianas se formaron de los gentiles, y una gran parte de los judíos se obstinó en su ceguedad. Este hecho solo basta para no dejar pretextos á la duda, pues los mismos libros que los judíos guardan y reverencian, predijeron tanto su terquedad como la docilidad de los gentiles.

No hay mas que considerar por menor la historia de Jesucristo, su vida, sus dogmas, sus primeros discípulos, sus trabajos, sus conquistas, y la formacion de su Iglesia para no poder dudar que él fué el verdadero Mesías tan anunciado y caracterizado por los profetas, y que no es posible haya sido ni lo pueda ser otro. Dios ha querido para consuelo y seguridad de nuestra fe que el depósito precioso de las Escrituras del Nuevo Testamento que existe y gobierna la sociedad de los cristianos, esté revestido ademas de los títulos con que califica su divino origen, de todos los requisitos que puede exigir la fe mas escrupulosa de los hombres para prueba de la verdad.

El primer carácter de autoridad y autenticidad que tienen estos libros sagrados, es haber sido escritos por ocho autores contemporáneos: S. Mateo, S. Márcos, S. Lucas, S. Juan, S. Pedro, S. Pablo, Santiago y S. Júdas, todos testigos oculares, que habian visto los hechos que refieren,

todos habian conocido las causas y los motivos, y todos en los puntos importantes dan un testimonio uniforme que trasladan á los siglos futuros, explicando que los han visto con sus ojos, que los han oido con sus oidos, y que los han tocado con sus manos.

¿Qué otra historia en el mundo puede jactarse como el Evangelio, de tener tantos garantes, y garantes tan sin tacha? Así la religion cristiana, sin hacer mencion de su divinidad, y sin considerar otra cosa que el número y carácter de sus historiadores, junto con el tiempo y circunstancias en que escribieron, aventaja sin comparacion á todas las otras historias creidas por los hombres en fuerza de testimonios humanos; por consiguiente los hechos que la sirven de fundamento tienen tal grado de certidumbre, que deben someter todos los espíritus en quienes la razon conserva algun imperio.

Y no es posible dudar que estos historiadores fueron contemporáneos y testigos oculares, pues la fe pública y la tradicion constante lo aseguran. Y no se podria obscurecer esta verdad sin destruir todas las historias, abriendo un caos ó un abismo impenetrable entre nosotros y los tiempos antiguos. No solo los cristianos, sino los hereges, judíos y gentiles reconocen que los apóstoles y evangelistas escribieron estos libros, y que escribieron lo que vieron: todos estan conformes en los auto-

res y sus fechas; pues las iglesias de diferentes pueblos los recibian á medida que se escribian, se los comunicaban unas á otras, y todas los guardaban con el mayor cuidado y reverencia. Así ni Celso, ni Porfirio, ni Juliano ni otro alguno de los enemigos del cristianismo se atrevió jamas á excitar la menor duda contra esta tradicion.

Es verdad que despues de la muerte de los apóstoles, y cuando ya estaba extendida la Iglesia, dos novadores, Marcion y Manes, se atrevieron á preferir que los evangelios habian sido alterados. Para sostener una pretension tan nueva, y transformar la posesion tranquila de la Iglesia, era menester por lo ménos mostrar otros originales que comprobasen la diferencia, ó alegar otras pruebas que fueran decisivas; pero esto era lo que no podian hacer: y cuando se les estrechó á probar una temeridad tan inaudita, se les vió reducidos al silencio, y su confusion fué una nueva prueba de que en el origen mismo del cristianismo no se pudo oponer nada sustancial á la tradicion perpetua de la Iglesia sobre punto tan importante.

¿Ni cómo era posible alterar unos escritos, que recibia la piedad con respeto, y custodiaba con esmero la devocion? ¿Cómo puede sospechar infidelidad ó alteracion el que reflexione el modo con que estos escritos se distribuian y custodiaban? Cada apóstol fundaba diferentes iglesias, y las visitaba sucesivamente segun los ocurrencias:

escribian sus epístolas á aquellas de que estaban ausentes: la iglesia que recibia una epístola ó carta de su apóstol, la leia en público, remitía una copia á las otras iglesias más vecinas, ó á aquellas con quienes tenia más correspondencia, para que se aprovecharan de aquel tesoro de doctrina y de luces; pero todas las guardaban con el cuidado más religioso, y hubieran tenido por sacrilegio la menor alteracion. Así se han conservado, y han llegado á nosotros siempre puras, y por este medio se propagaba la instruccion al mismo tiempo que se aseguraba su exactitud.

„Solos las epístolas de Jan Pablo, dice Bosuet, tan ardientes, tan propias del tiempo, de los negocios, de los movimientos de entónces, y de carácter tan sublime; estas epístolas, repite, que recibieron las iglesias á quienes fueron escritas, y que comunicaron á las otras, bastan para convencer que todo es verdadero y original en los escritos que nos han dejado los apóstoles.

En efecto sin hablar del celo ardiente, tierno y valeroso que caracteriza estas obras divinas, y que la impostura no es capaz de imitar, yo quisiera que se me dijera, ¿cómo, por ejemplo, un hombre que no hubiera convertido á los gálatas, se hubiera atrevido á escribirles con la fuerza y la vehemencia de que usa en su epístola San Pablo? ¿Cómo los corintios hubieran sufrido la autoridad que se toma el autor de las dos epístolas

que les son dirigidas, si este autor no fuera San Pablo, ó si San Pablo no hubiera sido su apóstol?

¿Cómo hubiera podido un impostor erigirse en maestro y árbitro de las diferencias que habia entre los judíos y los gentiles de Roma, si no las hubiera habido entre ellos? Y supuesto que fuesen ciertas, ¿qué derecho podia tener para ingerirse, y decidir una cuestion tan importante como la del origen de la justicia, y humillar á unos y otros un hombre, cuya mision no hubiera sido reconocida y autorizada con milagros?

Es tambien de observar, que estas epístolas de San Pablo y los demas escritos del Nuevo Testamento fueron dirigidos á naciones diferentes: los romanos, los efesios, los gálatas, los hebreos y otros muchos; que estos pueblos reunidos en sus iglesias los recibieron en el tiempo mismo de los apóstoles, y que mostraban los originales; que así para que estos escritos sean supuestos, es menester ó que todos esos pueblos de la tierra se hayan confabulado para fabricarlos y esparcirlos con nombres imaginarios, ó que todos ellos hayan sido engañados.

Pero ¿cómo millares de hombres han podido dejarse engañar sobre un hecho tan simple, y cuyo error es tan fácil descubrir? ¿Cómo ó con qué interes tantos han podido contribuir á dar crédito á esta impostura? ¿Se puede imaginar que los que promueven una religion que detesta la njen-

tira, y no enseña sino la verdad; que abandonan por ella todas las esperanzas humanas, y se exponen por ella á las persecuciones mas violentas, hayan querido hacer una conjuracion tan dificil para engañar á todos los siglos, dando por obras divinas sus propias invenciones, ó las del impostor que se atreviese á citar á los apóstoles como testigos de hechos que no existieron?

Y cuándo esto fuera posible, ¿cómo ni las divisiones de las iglesias particulares, ni la diversidad de intereses, genios y circunstancias de tan innumerable multitud de cómplices no han podido determinar á ninguno á descubrir el fraude, y desengañar al mundo? Pero esa quimera no merece ser refutada seriamente.

Por otra parte, todos los libros del Nuevo Testamento son públicos, y han sido concidos desde el principio del cristianismo; todos han sido citados por los grandes hombres contemporáneos de los apóstoles, como San Ignacio, San Clemente, San Policarpo y otros; tambien lo fueron por los primeros discipulos de estos, tales son San Ireneo y San Justino. Así es innegable que estos santos y venerables personajes los habian leído, pues citan en sus obras muchos textos de ellos: tambien lo es que estaban persuadidos de que los apóstoles y evangelistas eran sus autores, pues los citan como de ellos, y que no lo podian dudar, pues vivieron con ellos.

Añadid á esto, que esos primeros testigos que son tan respetables por sí mismos, estan apoyados por los otros que los siguieron despues, y que no son ménos dignos de crédito. San Ireneo cita á San Clemente, este á San Ignacio y San Policarpo que cita á los mismos apóstoles: ¿qué podrán hacer todas las conjeturas frívolas de la incredulidad contra esta cadena de testigos que empieza con los hombres apostólicos, y de edad en edad, de siglo en siglo llega hasta nosotros sin interrupcion, y siempre con el mismo enlace y la misma autoridad?

La crítica severa y rigurosa con que los primeros cristianos discernian las verdaderas Escrituras de las falsas, y el principio decisivo de que se servian para discernirlas, excluyen toda posibilidad de falsedad ó alteracion. Muchos hereges de los primeros siglos tuvieron la osadía de componer evangelios y publicarlos como si fueran de los apóstoles; pero esta sacrílega empresa presto fué conocida y rechazada con indignacion.

Los fieles que se tenian asidos á la antigua tradicion se oponian á estas escrituras, solo porque eran nuevas, y decian: Hasta ahora no las hemos conocido, ni las conocieron los apóstoles en cuyo nombre parecen: ninguno las dió á sus iglesias: no hay iglesia que las haya recibido de su mano: jamás han sido conocidas ni explicadas en nuestras juntas: son posteriores al establecimien-

to de la religion, y de la misma fecha que los errores que favorecen; es inútil examinar títulos, cuya falsedad es clara, pues son nuevos. Ya se ve que los que se gobernaban por estos principios no podian admitir nada que no fuese auténtico; así despreciaban todo lo que era mas reciente que el establecimiento de la religion: lo que no traia el carácter de la antigua veneracion general era proscripto por el único pero invencible argumento de la novedad.

La Iglesia ha conservado en todo tiempo una profunda veneracion á la memoria de los apóstoles; en todo tiempo ha respetado sus escritos como inspirados por el Espíritu Divino; siempre ha creído que quitarles ó añadirles algo es impiedad y sacrilegio: de esto ha nacido la escrupulosa atencion con que ha velado para que no se altere la pureza de este depósito sagrado.

Por otra parte era imposible; porque ¿cuándo se hubiera podido corromper ó alterar la historia del Evangelio? Desde el establecimiento de las iglesias las copias se habian esparcido con ellas por toda la tierra; las diversas naciones cristianas que las formaban y las habian recibido, las respetaban como un monumento divino; cada fiel tenia las suyas, y eran el título fundamental de su grandeza y esperanzas. Las leian continuamente en las familias, en las casas particulares, y en las juntas públicas de la religion. Así era

imposible que su fidelidad se alterase ni por la revolucion de los siglos, ni por el arrojio de los novadores.

Si a algun incrédulo se atreviera á sostener que estos libros han padecido alteraciones, debería explicarnos cuáles, y decirnos el tiempo, el motivo y los autores de ellas. Se le preguntaría: ¿quiénes son los que han podido hacer esta impostura? ¿Son los gentiles? Pero estos no lo podian hacer mas que para abatir al cristianismo que nacia, y sostener la idolatría que vacilaba. ¿Pues cómo han dejado en ellos la elevacion de sentimientos que estaban forzados á admirar, y la pureza de su doctrina tan superior á la de sus filosofos? ¿Cómo no han suprimido tantos milagros que prueban la divinidad de la religion? ¿Y cómo si los gentiles tuvieron un proyecto tan loco, los cristianos de todo el universo no se apercibieron ó dejaron correr con indiferencia su ejecucion? ¿Cómo abandonaron sin resistencia á los ídólatras unos monumentos que tanto veneraban, y cuya verdad defendian á costa de su sangre?

¿Son los judíos? Pero sin repetir lo que hemos respondido á la absurda imputacion de los gentiles, y que tiene para con ellos la misma fuerza, que se nos diga, ¿por qué estos han podido alterar los libros santos, han dejado en ellos tantos baldones vergonzosos contra las vanas tradiciones de la sinagoga, contra la hipocresía de los sa-

cerdotes y doctores de la ley, contra las supersticiones del pueblo, y contra los vicios y ceguedad de la nacion? Sobre todo que se nos explique, ¿por qué no han borrado tantos prodigios que son en favor del cristianismo, y que los convencen á ellos á los ojos de toda la tierra de su dureza y de su deicidio?

No quedan pues mas que los cristianos á quienes se pueda atribuir este fraude; ¿pero es posible que todos los cristianos del mundo se hayan concertado para corromper lo que veneraban como mas sagrado, de modo que no hubiese ninguno que se opusiera á una empresa tan sacrílega, y que levantase la voz para salvar su fe, y preservar á las posteridad del error? Si se responde que uno solo ó un pequeño número ha podido hacer el engaño, se incurre en mayores absurdos; pues es decir que un pequeño número ha podido seducir á todos los demas, corrompiendo el libro que se leia todos los dias, que estaba grabado hasta en la memoria de los niños, que se habia multiplicado en una innumerable multitud de ejemplares, que estaba depositado en todas las iglesias y familias, y en fin, un libro que cada fiel tenia para su uso.

¿Quién podía ser bastante temerario para concebir un designio tan loco? ¿Quién tan insensato que esperase conseguirlo? Si el pueblo no hubiera conocido el delito, ¿podia esconderse á los

pastores? Si los pastores le hubieran cometido, ¿los fieles le hubieran sufrido tranquilamente? Y si los pastores y los pueblos se hubieran reunido para ejecutar empresa tan sacrílega, ¿los enemigos de la religion no hubieran triunfado con solo echarles en cara semejante escándalo?

Esto parece natural; y no obstante ninguno de ellos imputó jamas á los cristianos esta temeridad: por mas que se esforzaban á combatir con todas sus fuerzas la doctrina de los libros santos, jamas dudaron de su autenticidad, siempre los reconocieron íntegros y puros. Finalmente, cuando el silencio, el olvido ó la indiferencia de los enemigos del cristianismo no hubiera descubierto este proyecto insensato, los partidos que poco despues se formaron en la Iglesia, y que son casi tan antiguos como ella, hubieran sido un obstáculo invencible.

Porqué poco despues de la muerte de los apóstoles se vieron hombres indóciles y temerarios, que rompieron la unidad, hombres que con orgullo y deseo de la independendencia formaron sociedades separadas. Desde entónces era imposible introducir la menor novedad en las Escrituras. Si los ortodoxos se hubieran atrevido á la menor innovacion, ¿con qué fuerza todas las sectas desunidas les hubieran dado en rostro con esta prevaricacion? Es verdad que, como os he dicho, los hereges por apoyar sus opiniones intentaron

alguna vez ingerir algunas palabras en el texto sagrado; pero la Iglesia confundió al instante su temeridad sin otra diligencia que la simple comparacion de los ejemplares antiguos.

Y si es imposible hallar los autores de una falsificacion que no existe, lo seria mucho mas determinar su época. Porque ¿en qué tiempo se podra fijar? ¿Será en el que precedió á los Ireneos, Justinos, Clementes, Ignacios y Policarpas? Pero este es el de los apóstoles; pues los citados son sus discípulos que vivieron con ellos, y les sucedieron inmediatamente en su ministerio y autoridad. Y á vista de tantos testigos y tan incorruptibles toda mudanza era impracticable. ¿Será en los tiempos posteriores? Pero esto no es posible; porque el Nuevo Testamento que hoy corre, es el mismo que citan estos primeros escritores de la Iglesia, como lo evidencia la multitud de textos que citan en sus obras. La perfecta conformidad de unos y otros demuestra que los libros santos han sido los mismos en todo tiempo.

Por otra parte para acreditar esta alteracion seria menester suponer un motivo, un interes; y aun esto no bastaria, porque no siempre el interes prueba el hecho. Seria pues necesario decir positivamente: Ve aquí lo que al principio no estaba en vuestras Escrituras, y lo que se ha añadido despues: ve aquí lo que se leia ántes, y ha sido borrado por vuestros padres. Esto seria na-

tural si fuera cierto; pero jamas la incredulidad ha dicho nada de esto. Ella se permite todas las sospechas; pero no se créese obligada á probar ninguna: de modo que para confundirla es menester combatir tanto lo que dice como lo que calla, y demostrar la imposibilidad mas que las pruebas de los hechos,

Digamos, pues, que hombres que veneraban los escritos de los apóstoles y de los evangelistas como palabra de Dios, y que habian aprendido en ellos el odio de toda mentira, y el amor de toda verdad; que hombres que renunciaban á todos los bienes de la tierra por seguirla y sacrificar hasta su vida por defenderla, no eran capaces de impostura tan sacrilega: y añadamos que no se observa en los libros santos nada que sobre ó falte para servir de fundamento á tan temeraria imputacion.

Si hubiera podido haber falsarios, hubieran suprimido lo que puede ofender á los espíritus soberbios, ó lo que hace estremecer á la naturaleza corrompida; pero estos libros estan llenos de misterios incomprensibles que confunden á la razon humana, de preceptos ásperos y severos, que combaten todos los vicios y refrenan todas las pasiones. ¿Qué es tambien lo que se pudiera haber añadido? ¿Los milagros de Jesucristo? Pero estos milagros no se pueden dudar; pues eran los que hacian las conversiones, y los que multiplicaron los cristianos. Es claro que no era me-